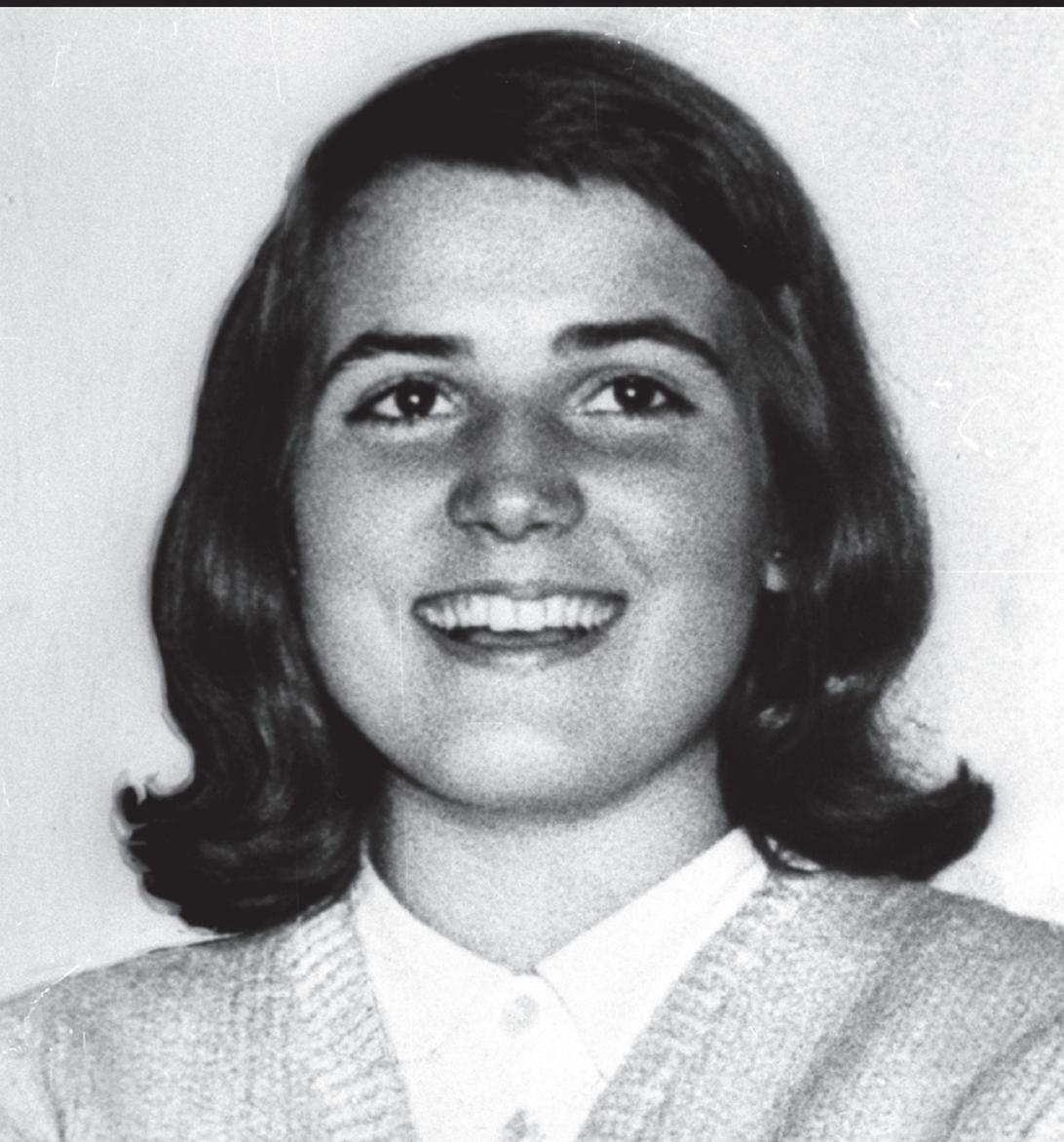


Montse Grases

ahora toca ser valiente

Edith Zeltner



1

La última Navidad

Diciembre de 1958. Desde hace días, la radio emite canciones de Navidad; en las calles y plazas de Barcelona se respiran aires de Adviento: escaparates adornados con motivos navideños, luces de colores, riadas de gente por las callejuelas de Ciutat Vella, mujeres y hombres cargados con bolsas y paquetes que guardan cola para pagar sus compras, mientras en los altavoces suenan melodías...

En un espacioso primer piso del número 183 de la calle París se oyen risas y bullicio de gente joven. Allí encontramos a unas chicas atareadas que decoran una habitación con bolas y estrellas, y cuelgan guirnaldas y cintas plateadas. Hay que fijarse un poco para darse cuenta de que se trata de la habitación de una enferma. Desde la cama, una chica adolescente, pálida pero muy vivaracha, dirige la operación:

—Ana María, la estrella azul, más a la derecha; la serpentina de plata colócala allí, sobre la lámpara, y detrás, por favor, deja un poco de espacio para poner las felicitaciones que irán llegando...

Atrae la vista un azulejo colgado en la pared, que tiene una inscripción poco frecuente: «Siempre alegres».

La muchacha que dirige la escena desde la cama se llama Montse Grases. Tiene el cabello castaño y liso, flequillo y dos perlititas adornan sus orejas. Las profundas bolsas que se han formado bajo sus ojos no armonizan mucho con su mirada, llena de energía. Desde julio, esta chica de diecisiete años sabe que tiene un cáncer en la rodilla.

Seguramente, esta iba a ser su última Navidad –sus padres lo presentían y ella, también–; todos esperaban un milagro, pero nadie quería engañarse respecto a lo que podía pasar. Cuando hablaban del tema, no se los veía tristes como si se tratara de mudarse por Pascua a otra ciudad o a otro país.

¿Qué había pedido Montse a los Reyes Magos este año? Bastaba con ver cómo trataba a los demás para descubrir cuál era su deseo: quería verlos felices; no solo contentos, sino auténticamente felices.

A cualquiera que hubiera visto la escena desde fuera, aquella noche de Navidad en casa de los Grases le habría parecido macabra: los villancicos y los vómitos se iban alternando. En cuanto Montse se reponía un poco, quería continuar la canción comenzada; pero, entonces, eran sus padres y hermanos quienes no podían seguir cantando por la emoción.

–Papá –se la oía decir.

–Dime, Montse.

–¿Eres feliz? Creo que somos la familia más feliz de Barcelona –y añadía, sin alterar el tono de su voz–: Cuando me muera, me gustaría que nadie estuviera triste. Quiero que todas las personas a las que conozco estén contentas.

¿Cómo era posible que Montse dijera eso en la situación en la que se encontraba? Poco a poco iba empeorando, hasta el punto de que tenía que gritar:

–¡Ay, ay! ¡No puedo más; no aguanto más!

Entonces, su madre hacía salir a todos de la habitación y, mientras la acariciaba, le decía:

–Montsita, hijita, pronto habrá pasado. Venga, llora tranquila, si así te sientes mejor.

Unos minutos después, se avergonzaba y pedía perdón por ser tan «llorona».

Tenía la pierna afectada tan hinchada, que llegaba a sesenta centímetros de diámetro y la piel estaba tan tensa que se empezaba a desgarrar por todas partes. Diariamente intervenían varias personas para cambiarle las vendas; a veces, Manolita, su madre, estaba convencida de que no podría resistirlo: al pensar en el hedor que desprendían las llagas abiertas y en el daño que le hacía cada vez que se las tocaba, le invadía la angustia. Cuando tenía que quitarle las vendas, le arrancaba, con ellas, pequeños pedazos de carne. En esos momentos, Montse se concentraba y canturreaba una melodía. Pocas veces describió exactamente lo que sentía en esa situación; cuando alguna vez lo hizo, decía:

–Es como si tuviese en la rodilla un terrible perro feroz, que mordiera y estirara constantemente.

Cuando, en una ocasión, alguien preguntó a la señora Grases cómo se las arreglaron para soportar durante meses unas circunstancias tan duras, obtuvo la respuesta en el acto: «Recurrimos a Dios. No hubiéramos podido salir adelante con nuestras propias fuerzas. Cuando pasas por

una situación así, solo has de pensar: “Dios está aquí y me apoya”. Él te da una fuerza que nunca habías tenido hasta ese momento. Y es que Dios aprieta, pero no ahoga. Además, no habríamos ganado nada perdiendo los nervios: teníamos otros hijos y la vida seguía...». Estas palabras no significan que, cuando su marido y ella veían que Montse sufría tanto, no tuviesen la sensación de que no podrían soportar durante mucho más tiempo aquella situación. Más de una vez salían a la calle para distraerse un poco, daban un paseo, entraban en una iglesia... De este modo, pensaban en otras cosas durante un rato. Cuando volvían a casa, habían recuperado las fuerzas, se sentaban en la cama de su hija, le tomaban la mano, y procuraban sonreír y rezar.

La propia Montse demostró una fortaleza poco corriente. En julio, al regreso de las vacaciones, sus padres le dijeron que sus dolores en la rodilla no eran reuma, sino cáncer, un cáncer de huesos incurable.

—¿Y si me cortan la pierna? —fue su primera pregunta.

—Ya no serviría de nada; el cáncer está demasiado extendido —tuvieron que responder sus padres.

Un momento después —según contó su madre, que, tras la conversación, siguió discretamente a Montse—, se sentó en su habitación y, dirigiéndose a la pequeña imagen de la Virgen que tenía sobre la mesa, le dijo: «Siempre, lo que tú quieras». A continuación, se metió en la cama y se durmió.

Ciertamente, Montse tenía un carácter cada vez más alegre. Había tenido una infancia despreocupada, y su trato con sus padres era de amistad y confianza. Sin embargo,

nos quedaríamos cortos si dijésemos de ella que era, simplemente, una optimista o una chica entusiasta y piadosa. La entrega de Montse tenía raíces profundas y no era fruto del romanticismo. Estaba convencida de que Dios la amaba, y el sentido de su vida se encontraba en darse a Dios y a los demás. Jesús había llegado a ser para ella un amigo. En casa y en la escuela había descubierto a ese «amigo» y, cuando la visitó la enfermedad, no flaqueó. Al contrario, fue madurando por dentro rápidamente. Si antes Dios la había llenado de alegría, de felicidad, de amigos simpáticos o de emocionantes partidos de baloncesto, ahora también podía regalarle dolores; podía desbaratar los planes y sueños de una chica de diecisiete años. ¿Quién sería capaz de decir «adiós, muy buenas» a su mejor amigo? Jesús, que lo ha dado todo, que se ha dado él mismo... ¿Quién podría decir no a un Jesús así, cuando llega el momento de compartir su cruz?

Montse le dijo que sí; al principio, quizá un poco a regañadientes, pero enseguida resolvió: «Si tú lo quieres...».

2

La familia Grases

Los padres de Montse se conocieron y se enamoraron en el verano de 1936, antes de que estallase la Guerra Civil, aquella locura fratricida que enfrentó a los españoles. Cuando en 1939 acabó, por fin, y el bando nacional, bajo el mando del general Franco, celebraba su victoria, Manuel Grases llevaba tres años militarizado y la licencia de su compañía se iba retrasando.

Agosto de 1939: con el inminente comienzo de la Segunda Guerra Mundial, no parecía el mejor momento para pedir unos días de vacaciones. Pero Manuel, que llevaba unos años prometido, no quería esperar más para casarse. Llamó a la puerta del teniente coronel y le pidió unos días de permiso para contraer matrimonio.

Su superior, probablemente llevado más por el cansancio que por la emoción ante la historia de amor de su soldado, optó por concederle el permiso. El 7 de agosto se casó con Manolita en Barcelona. El sacerdote era amigo de ambos. Se fueron a Burgos de viaje de novios; allí hicieron una romería que habían planeado desde hacía tiempo y, al cabo de ocho días, Manuel se reincorporó a su división. Una vez más, lo trasladaron; en esta ocasión, a Valencia.

Finalmente, consiguió licenciarse y tomó el primer tren hacia Barcelona. Manuel y Manolita estaban gozosos por estar juntos otra vez. Encontraron un piso en la calle París, quizá un poco pequeño, pues Manuel quería tener muchos hijos, pero «para empezar, está bien –decía diplomáticamente su mujer–. Cuando tengamos doce hijos, ya veremos».

Durante los años siguientes, mientras en el resto de Europa caían bombas, y en la España de posguerra se pasaba hambre y faltaban el agua y la electricidad, fueron llegando al mundo los primeros cuatro hijos del matrimonio: Enric, en mayo de 1940; Montse, el 10 de julio de 1941; después, Jordi y, en octubre de 1944, Ignasi.

Montse hizo la primera comunión en mayo de 1948. Fue su primer encuentro interior con Jesucristo, un Jesucristo con quien era fácil hablar. Al anoecer, cuando finalizó aquella jornada festiva en la que habían tenido una buena comida y habían disfrutado de marionetas y de todo un programa de diversiones, su tío le preguntó qué le había impresionado más de aquel día. Ella le contestó: «¿Qué va a ser? ¡Las marionetas!».

Si se hojea el álbum de los Grases, se saca la impresión de que se trataba de una familia joven y animada, con una alegría extraordinaria. Desde 1947 ya eran cinco hermanas: con el nacimiento de Pilar, Montse tenía, por fin, una hermana. Los hijos eran despiertos y sanos. Montse tenía buen carácter y le gustaba jugar, a pesar de que, cuando quería, podía ser muy tozuda y obstinada.

Cuando, más tarde, preguntaron a Manuel y Manolita cómo se las habían arreglado para educar a unos hijos

tan piadosos, la madre, encogiéndose de hombros, dijo: «No hemos hecho nada especial. Hemos procurado que descubriesen lo que a nosotros nos llena: la convicción de que vivir como cristiano es muy hermoso. Esto, claro está, no es algo que surja de forma automática, con un par de frases piadosas de vez en cuando. Se ha de dejar caer alguna cosa con cierta frecuencia. Les hemos enseñado oraciones sencillas, de niños, y les hemos hablado de Jesús y de María, su madre. Mi marido y yo les hemos explicado cómo deben aceptar y ofrecer los sufrimientos y las dificultades, que cada uno ha de luchar contra sus pequeños defectos, que tienen que ayudarse entre ellos...». Y Manuel añadía: «Yo quería, sobre todo, que fuesen sinceros. Esto, para mí, es muy importante. “Dime con toda franqueza qué es lo que pasa”, les decía con frecuencia. “A mí me da igual si habéis roto alguna cosa, pero tenéis que ser siempre sinceros y decir la verdad, haya pasado lo que haya pasado. Solo os castigaré si me engaáis”».

Si Dios desempeñaba un papel importante en la vida de la joven Montse, en buena parte se debía, sin duda, a la educación que supieron darle sus padres; en este campo habían ido llevándola de la mano.

A comienzos de los años cincuenta, cambió de escuela y pasó los últimos años académicos cerca de su casa, en un colegio de monjas. No destacaba especialmente en los estudios, pero completó su escolaridad. Le apasionaba jugar al baloncesto, al tenis y al ping-pong. Además, le gustaba salir de excursión con amigos o con la familia, partiendo del pequeño pueblo en el que los Grases pasaban el verano.

Mientras tanto, la familia seguía creciendo: en 1949 llegaron al mundo las gemelas Crucina y María José. Y después llegó una chica más, Rosario.

Durante unos cuantos años, una mujer ayudaba a Manolita en los trabajos de la casa, pero cuando la empresa de Manuel se quedó en números rojos, tuvo que arreglárselas sin ninguna ayuda y con ocho hijos. A pesar de los ahorros que tenían y de que vendieron su coche, tuvieron que pedir dinero. Pero en la educación de los hijos no quisieron escatimar: «La educación nos parecía demasiado importante como para ahorrar». Como es natural, procuraron que los hijos no advirtiesen las dificultades económicas por las que pasaban. Sin embargo, llegó un momento en el que, a pesar de su confianza en Dios, no habrían podido salir adelante..., de no ser porque un día, como en los cuentos de hadas, llamó a su puerta un cartero que les trajo un cheque de 40.000 pesetas. Se trataba de la herencia que les había dejado una pariente de la señora Grases.

No obstante, los hijos conservan un buen recuerdo de aquellos tiempos difíciles. «Éramos una gran familia», afirma Enric, el mayor, que más adelante entró en el seminario y hoy es sacerdote en Barcelona. «La vida en casa era muy divertida; siempre había algo preparado; nuestros padres estaban pendientes de que las cosas estuviesen ordenadas, especialmente nuestros juguetes, nuestra ropa y los libros de la escuela. Y, como no teníamos mucho dinero, teníamos que cuidar nuestras cosas necesariamente y nos sentíamos responsables de ellas.»

«Solo ahora, pasados los años, me doy cuenta de que el hecho de vivir en una gran familia nos preparó muy

bien para la vida. De entrada, aprendimos –a la fuerza, diría yo– a compartir. Nadie tenía su habitación, sus libros ni sus esquís; siempre eran nuestras cosas. A Montse y a mí, como éramos los mayores, nos confiaban los pequeños y, así, enseguida tuvimos que espabilar; ocuparnos de los demás llegó a ser como una segunda naturaleza.»

«En una gran familia, es fácil perder la visión de conjunto y que cada cual acabe tirando por su camino. Para evitarlo, hay que tomar la determinación de estar pendiente de los demás. Mis padres nos enseñaron a ver la familia como una especie de proyecto colectivo: cada uno en su lugar, pero sin perder de vista el fin común. Todos debíamos contribuir –cada uno, según sus posibilidades– al sostenimiento de la familia, para que las dificultades nunca nos sobrepasaran.»

Poco a poco, los hijos se dieron cuenta de que el padre y la madre dejaban en segundo plano sus necesidades y deseos personales. «Nuestra reacción instintiva fue –explica Enric– procurar no cargar a nuestros padres con problemas innecesarios. Eso significaba evitar peleas en la escuela y estar contentos con lo que teníamos. Mis amigos siempre tenían dinero para comprarse un helado o golosinas, o para jugar al fútbolín. A mí también me enloquecía el fútbolín, pero, si quería jugar, tenía que hacer mis cuentas y ahorrar céntimos del tranvía para reunir el dinero necesario. Era una cuestión de honor.»

«De este modo, entendimos –al menos, yo– lo que cuesta el dinero. Es bueno que los niños tengan deseos, pero dentro de unos límites. Comprendí que las pocas cosas que poseíamos tenían su valor. Esto, actualmente,

puede resultar anticuado y dudo que muchos lo entiendan. Con frecuencia, encuentro a padres que compran a sus hijos todo lo que les piden y que les dejan hacer lo que quieren para evitarles un trauma. Pienso que es un error.»

«Está claro que alguna vez viví situaciones desagradables con compañeros de escuela, pero, si lo analizo en su conjunto, creo que todo aquello fue muy enriquecedor.»

«En casa, todo era más bien pobre y sencillo. Viendo la situación con perspectiva, he de dar gracias a Dios por haber vivido con ciertas estrecheces, no sobrnarnos el dinero y no habernos podido permitir ningún capricho.»

«Como decía, nos sentíamos contentos y felices, pero eso no significaba que fuésemos una familia idílica. De hecho, creo que la familia perfecta no existe. Había cosas de la vida diaria que a nosotros, los mayores –Montse y yo–, nos preocupaban. Por eso creamos una especie de “consejo de familia” que se reunía una vez a la semana, los sábados. Nos sentábamos todos juntos y discutíamos seriamente sobre los asuntos de la casa y la familia. Se trataba, sin duda, de menudencias, pero, cuando uno es pequeño, le parece muy importante si una cosa se puede hacer o no...»

«A veces, conseguíamos lo que queríamos; otras veces, no. Pero, en todo caso, y aunque no lo dijéramos, nos gustaba muchísimo la libertad y la confianza que nos daban nuestros padres: con ellos podíamos hablar de todo y decir lo que nos parecía; todo en su momento, claro está.»